

OJEADA CRITICO-HISTORICA SOBRE LOS ORIGENES DE LA LITERATURA COLOMBIANA

— IX —

No se nos oculta que cada época tiene sus gustos, y que, por tanto, cuando se pretende estimar la obra literaria de alguno o de varios autores remotos, es preciso trasladarse con la imaginación a tiempos que no nos es dado apreciar sino imperfectamente. ¿Qué sabemos hoy, por ejemplo, ni cómo podemos medir el grado de belleza en que se colocarán muchas composiciones místicas del tiempo de la Colonia? El encendido espíritu religioso, que puede decirse limitaba a las funciones de iglesia los únicos aparcimientos externos de las familias, el sólido, afectuoso cariño y respeto profundo de los hijos para con sus padres, la especie de vida sencilla, frugal, ajena si se quiere a toda ostentación y boato, que llevaba la sociedad santafereña, eran motivos que habían influido, seguramente en mayor grado el último, a conservar en la plebe ignorante, el instinto por lo común bueno y generoso de sus impulsos, y a hacer que la mujer, tan inclinada siempre a la vida contemplativa, tornáse con fe viva sus ojos a Dios.

Confesar y comulgar anualmente, oír misa y rezar el rosario todos los días, hacer novenas y peregrinaciones a visitar las imágenes que se veneraban en algunos santuarios célebres, eran las obras del culto externo que los pueblos creían más agradables al Ser Supremo. Si a esto añadimos el hacer donaciones a las iglesias y conventos, fundar capellanías y enriquecer al clero, tendremos un cristiano completo y digno de compararse a los que florecieron en los primeros siglos de la Iglesia, según la opinión de nuestros moralistas". (1)

En ese medio la literatura no tenía para qué ir a buscar otras manifestaciones de la belleza que las que le procuraban el solitario claustro, las naves del templo oscurecidas con el incienso y mirra de los altares, la vida recogida y meditada; la creencia siempre inefable en un Dios todo justicia y perdón, y la aspiración constante a ganar el cielo, a trueque de lastimar nuestros sentidos con lo repugnante, y de apartarnos cada vez más del mundo y de sus goces.

(1) M. Restrepo. *Historia de la Revolución de la República de Colombia.*

De un régimen civil, indolente a las exigencias y transformaciones de la marcha progresiva de los pueblos, de la pasiva sumisión a la autoridad, de la quietud obligada, del aislamiento sistemático, no habían de seguir grandes lumbreras. Esa era mostraba el terreno abonado para la literatura mística que es como consecuencial y conforme con un estado determinado del ánimo. Las gentes que habían formado su modo de ser moral, mediante tales influencias, ¿cómo iban a estimar de un golpe el alcance y verdadera significación de la Independencia? Ni era posible que siguiesen otro derrotero que el que sus costumbres e ideas anteriores les trazaban. No se debe, por tanto, extrañar que los beneficios de la revolución hayan sido tan tardíos, puesto que las ideas han tropezado en su curso ascendente con la resistencia, unas veces meditada y otras inconducente y hasta caprichosa, de obcecados espíritus.

En la exposición que D. José Manuel Restrepo dirigió al Congreso de 1826, como Secretario de Estado en el despacho del interior de la República, decía:

“En Colombia hay treinta conventos de religiosas, que en la actualidad contienen cerca de ochocientas monjas profesas... Todos los días observamos que jóvenes de edad de diez y seis años o poco más, arrastradas por motivos de piedad o por otros que no es del caso analizar, corren a sepultarse para siempre en los claustros, haciéndose monjas. Hay sobradas razones y experiencia de que muchas maldicen después su precipitación y se consumen por un tardío arrepentimiento que las hace infelices toda su vida, sin hallar remedio para sus males”.

En aquel documento pedía el señor Restrepo se dictase una ley para impedir que ninguna mujer pudiese tomar el hábito hasta que tuviese veintiocho años de edad, y que tal disposición se hiciera también extensiva a los religiosos.

Volviendo a considerar la obra de los precursores del movimiento literario, debemos decir que a Juan de Castellanos lo nombramos sin poderlo calificar de escritor nuestro, puesto que tanto él como Jiménez de Quesada, el Padre Simón, D. Diego Martín de Tanco, Juan Flórez de Ocariz y otros escritores de los siglos XVI y XVII, eran hijos de la Península. Castellanos, con el lujoso caudal poético que atesoró, debió de contribuir de modo muy loable, a la divulgación del gusto por la poesía y hasta influir en la forma y manera de las composiciones, que no en balde se trabaja con ejemplar perseverancia hasta lograr ser maestro en el arte. Pasma saber, como tan acertadamente lo insinuó en uno de sus escritos literarios D. Miguel A. Caro, que Castellanos, tan sólo para las *Elegías*, compusiese cosa de cien mil versos! Los poetas de menor cartel, que entonces, como ahora, eran los más, enderezaron muchas composiciones a Castellanos, prodigándole melifluas alabanzas por sus obras.

Algo diéramos por poder leer en prosa, aunque fuese desaliñada y tosca, la *Historia del Nuevo Reino de Granada*, de Castellanos, publicada por el editor español señor Paz y Melia, la que, por estar escrita en verso, ha quedado circunscrita a corto número de lectores.

Será capricho o temeridad, pero lo cierto es que no nos mueve a leer con atención a esos autores sino deliberado propósito de investigación. Marchamos en pos de sus conocimientos, tras de sus aptitudes y bueno o mal discernimiento, de modo que apartamos con indiferencia concepciones que reputamos como sencillas e ingenuas. El hecho es que concedemos mayor atención a producciones de género cómico. Irresistible inclinación de estos tiempos es la que nos lleva a minuciosa investigación y análisis de cuanto nos rodea, de donde, como poco productiva o estéril, ha de resultar la de reparar en el corte clásico o pulidez de formas de poesías líricas no despreciables.

Muchos años antes de que D. José Fernández Madrid publicara en Londres la colección de sus versos, ya se había dado a conocer en Bogotá, como poeta discreto y de fácil versificación, D. José María Salazar, antes nombrado como colaborador de *El Semanario*, era vate de estro galano, pulcro, de dicción esmerada, y que estudiaba los modelos extranjeros con provecho. Este fue el juicio que afortunadamente mereció de sus contemporáneos. El compuso e hizo imprimir en 1804, en la imprenta real dirigida por D. Bruno Espinosa de los Monteros, el poema *El placer público de Santafé*, en el que celebraba el arribo a la capital del Virrey D. Antonio Amar y Borbón. Tradujo en verso un *Arte Poética de Monsieur Boileau*, que dedicó, en 1810, a D. Ignacio de Pombo; imprimiendo antes su canto heroico *La Campaña de Bogotá*, 1820.

Existe una colección muy escasa de sus poesías, y como muestra de ellas reproducimos el principio del *Himno patriótico* que compuso en 1827, cuando desempeñaba en Bogotá el empleo de Ministro de la Alta Corte de Justicia; composición que apareció en *El Conductor*, de esta ciudad.

C O R O

*A la voz de la América unida
De sus hijos se inflama el valor,
Sus derechos el mundo venera,
Y sus armas se cubren de honor.*

*Desde el día que en este hemisferio
De la gloria la aurora brilló
Vivir libre juró nuestro pueblo,
Convertido de esclavo en señor:
Este voto del cielo inspirado
A la faz de la tierra ofreció,
Con placer las naciones le oyeron
Los tiranos con susto y pavor.*

*Tú primero, inmortal Venezuela,
Dar supiste el ejemplo y la voz,
Y con gloria la Nueva Granada
Sus cadenas al punto rompió;
Buenos Aires y Chile a porfía
Se disputan el mismo blasón,
Y hasta el suelo del México hermoso
Libertad comunica su ardor.*

Hemos visto que durante la época colonial y también después de la guerra de Independencia, varios escritores buscaron formas más amenas o adecuadas a sus trabajos, reduciéndolos a las medidas estrechas y exigentes del verso.

El mal ejemplo de Castellanos de atreverse a escribir toda una historia en verso, había sido imitado. Sabemos que un sacerdote, ponderado por su ilustración, el doctor Juan Manuel García Tejada, compuso en cantos heroicos la historia de la revolución de Colombia, manuscrito que se perdió. El *Alternativo del Redactor Americano* dio acogida a alguna composición del doctor Tejada, composición de sabor y manera muy anticuados, bien que este autor era uno de los bardos que manejaban con mayor soltura el verso, y sus poesías jocosas lograron extraordinaria popularidad. Otros vates, como José Angel Manrique, autor de *La Tocaimada*, publicada por primera vez en Popayán hacia 1851, José María Grueso Valdés, el doctor Luis Azuola, Urquinaona y Marroquín, han logrado que su nombre llegue hasta nosotros en alas de la fama.

Nuestro Bibliotecario Real, D. Manuel del Socorro Rodríguez, cuya memoria debemos guardar con viva simpatía mezclada de gratitud, por haber sido aquel hijo de Cuba fundador del periodismo bogotano, también escribía en verso, en el tono afectado y altisonante que era entonces de moda. Rodríguez, justo y prudente es observarlo, guiado por sus humanitarios instintos y corazón republicano, hubo al fin de aceptar la revolución patriota y transigió con los iniciadores del 20 de julio. Cinco años antes de su muerte, que se efectuó en el cuarto mismo en que vivía, contiguo a la Biblioteca, tomó parte en un acto público, dispuesto por el General Nariño, con el objeto de sembrar en la plaza principal de Bogotá un árbol que simbolizase la libertad conquistada denodadamente por el pueblo, fiesta que se verificó el 29 de abril de 1813. Con tal moitvo, Rodríguez arrancó de su lira las siguientes notas:

*Cantemos al Señor de las naciones
Himnos de paz, de gratitud y gozo:
Bendigamos el brazo poderoso
Que rompió de su pueblo las prisiones...*

Mas si en D. Manuel del Socorro el sentido artístico estaba muy lejos de haber alcanzado un grado de perfección notable, no sucedía lo mismo con el sentido moral, que informaba todas o la mayor parte de sus composiciones.

“Si la imparcialidad, que forma el carácter de mi genio (decía el escritor cubano, con motivo de la muerte del Arzobispo de Bogotá, D. Baltasar Jaime Martínez Compañón, acaecida en 1797), no fuese un público testimonio que acredita el candor y desinterés con que se ha conducido mi pluma en los cinco años que por orden del Superior Gobierno di a luz el *Papel Periódico* de esta capital, entonces tendría yo justo fundamento para recelar que la noticia que voy a explanar aquí, pasase por el concepto de inverídica en algunas de sus circunstancias. Pero, por mer-

ced del cielo, gozo la fortuna de poder escribir libre de preocupaciones, pues es constante que en el caso no me liga ninguna relación de parentesco, conexión de estado, ni otro algún miramiento político que pudiese inclinarme a la lisonja. Hablo con libertad, y solo al verdadero mérito le tributo elogios, porque así lo manda el Dios de la Justicia”.

La muerte del mismo eclesiástico nombrado sugirió a la pluma de Rodríguez el siguiente soneto:

*Nos faltó nuestro padre, triste suerte!
Y penetrados todos de esta herida,
Aunque el amor alienta nuestra vida,
También el mismo amor nos da la muerte:
Obra en nosotros con poder tan fuerte,
Su constante vehemencia desmedida,
Que la esencia vital, casi extinguida,
Solo en amar respira y se divierte.
De este modo con miserables señales
Se explica la familia que amorosa
Dedica los presentes funerales.
He aquí la Pira pura y obsequiosa
Que a su Padre y Pastor en modos leales
Hoy le consagra fina y respetuosa.*

D. José María Gruesso, canónigo Penitenciario de la Catedral de Bogotá, que falleció el 3 de mayo de 1835, era poeta, pero no más inspirado que Rodríguez. Oriundo de la ciudad de Popayán, hubo de ceder lo mismo que Caldas, al deseo vehemente, que es como instintivo en los hijos de aquel eléctrico suelo, de conocer a la monumental y elevada Quito. Los habitantes del Sur de la República muestran gran predilección por la capital del Ecuador, y puede decirse que conocen mejor ésta y las demás poblaciones importantes de dicho Estado, que a Bogotá y los lugares del interior de Colombia.

La única producción en verso que se conserva del Canónigo doctor Gruesso es la que lleva el siguiente título: *Lamentación de Pubén*. Escrita y dedicada en Quito, en 1820, a una sensible y respetable quiteña, por un pubenano o popayanés. La da a luz un colombiano, con la mira de que cesen las ruinas de este país, en beneficio de la prosperidad de Colombia. Imprenta del Estado, por Nicomedes Lora. Año de 1822, 20 páginas.

No se conserva memoria de quien fuera el autor del folleto de 40 páginas en verso, que apareció el mismo año citado, en la Imprenta de Espinosa, con el título de *Verdades Notorias*, y el cual encerraba amarga y viva censura de los españoles, de las tropas que combatieron la independencia americana.

El principio de esos versos era el siguiente:

*Europeos y americanos,
Os recomiendo que leáis
Este papel para que veáis*

*Las proezas de los Sámanos,
Morillos y otros Ispanos
Hicieron en este reino
Con su déspota Gobierno,
Propio de los Dioclecianos,
Nerones y Maximianos,
Monstruos que parió el infierno.*

El año de 1829 publicó el conocido hombre público y escritor Juan García del Río sus *Meditaciones Colombianas*, cinco folletos que, sumados, daban cerca de 300 páginas. Eran reflexiones morales y políticas sobre el estado social del país, en las que, probablemente a vueltas de algunas verdades, proclamaba sin embozo la conveniencia y necesidad de establecer la monarquía constitucional, y designaba al General Bolívar como llamado a ocupar ese puesto.

En el gusto que predominaba la poesía épica pareció inspirarse años más tarde, al componer sus tragedias el heroico e infortunado Luis Vargas Tejada, ingenioso poeta bogotano que nació en 1802, y murió ahogado, en 1829, en uno de los ríos del oriente de la República.

Si Madrid logró pulsar con gallardía y suavidad rítmica de tonos el arpa lírica, es Vargas Tejada el cantor épico enamorado de la libertad. Creado su espíritu para la interpretación de grandes ideas, majestuoso en la concepción, nutrido con rico jugo sinovial en atenta lectura y meditado estudio de los clásicos, su musa tiene entonaciones que cautivan, es cual misteriosa maga enamorada de lo excelso. Pero cantor reflexivo, que buscaba ambiente y popularidad por medios naturales, no hay en versos, que suelen mostrársenos mejor sentidos que trazados, rasgos amanerados ni exóticos. Viven los poetas, sobre todo en la primera época de su juventud, vida de ilusiones, en la que los grandes afectos imprimen sello definitivo; el mundo en que los cantores se agitan, no es éste, grosero, positivista y profundamente falso que a todos nos toca; el cultivo gradual de su inteligencia, las influencias de las lecturas y la subjetividad a que los conduce la reflexión de los dolores propios o ajenos, les hace ver en lo humano colores hermosos que solo existen en su imaginación.

Prístina edad, misteriosa, que, dando frutos y flores, nos revela el genio y la sublimidad del cañtor.,

A Vargas Tejada no le tocó marchitar sus laureles trocando por otros sus buenos y generosos sentimientos; murió llevándose intactas las cuerdas de su arpa apacible, soñadora, amante.

Hoy mismo no puede dejar de sorprendernos la suma erudición literaria que adquirió aquel joven de 27 años de edad. Sus biógrafos nos hacen saber que aprendió en corto tiempo los idiomas inglés, italiano y alemán, habiendo logrado hacer composiciones no despreciables en el último de dichos idiomas. También agregan que hizo estudios de griego y hebreo. La causa del pueblo le apartó un tanto de las regiones serenas de la poesía. Se dejó llevar de la efervescencia que en 1828 agitaba la sociedad bogotana, dio entrada en su pecho al odio repulsivo que inspiraba la política dominadora y exclusivista del General Bolívar, y con hombres de

la importancia y talento de Mariano Ospina, Florentino González, Juan Nepomuceno Azuero y Ezequiel Rojas, tomó parte en la memorable jornada del 25 de septiembre.

Para no caer en manos de los que le habrían hecho pagar con la vida su arrebatado amor por la libertad, huyó a una hacienda lejana, situada por los lados de la laguna de Fúquene, en donde buscó refugio en la escondida cueva de un bosque. Allí el desdichado bardo se consideraba tan alejado para siempre del mundo, de tal suerte perdió la esperanza de renacer a la alegría, a la vida del sol y del amor, que se resignó a transformarse en humilde anacoreta: castigó su cuerpo con la privación de lo que podía alimentarlo mejor; dióse a la reflexión intensa de la inutilidad de las grandezas humanas, y en el fondo de su alma perdonó aun a los mismos que creía eran los autores de su desgracia y de los males que afligían a la patria.

En tan apartado y escondido retiro, en donde duró un año, firmaba sus composiciones con el seudónimo de *Eufilos*. En aquella soledad compuso y escribió, con la bella letra que tenía, su tragedia *Doraminta*. La de *Aquimín* se representó algunas veces en el teatro de Bogotá, y es posible que existía manuscrita. La titulada *Sugamuxi*, que en nuestros días pudiera aprovecharse para la escena lírica, no obstante que su argumento no responde a ninguna tradición indígena, ni es, literalmente juzgado, apreciable, la incluyó D. José Joaquín Ortiz, con el sainete, *Las Convulsiones*, en la colección *De Poesías* de Vargas Tejada, que publicó en Bogotá en 1857. También se afirma que había compuesto otras dos: *Zaque-sazipa* y *Witikindo*, todas en cinco actos y en verso.

Estas tragedias están ya olvidadas, y como piezas de teatro, pasadas de moda. Pero la obra suya que vive siempre fresca, retozona, espiritual es el sainete o entremés *Las Convulsiones*. Escrita en endecasílabos, fue representada por primera vez en el teatro de Bogotá el 7 de junio de 1828 (1).

“¡Que terquedad de gentes ¡Que demencia!
Perderse el mejor trozo de elocuencia
Que sugirió la escuela de Triana!
No escuchar la oración ciceroniana,
Que en estilo escribió de caramelo
Por proclama el dulcísimo Sotelo!
Devolver del Rey Pepe los oficios!
Y, al fin, de sus satélites novicios
Hacer volver atrás una barcada
Sin dexarles salir con su embarada!...”.

En ella mostró el cantor condiciones de poeta satírico; quiso censurar la costumbre que privaba en las muchachas de la clase educada, quienes, para librarse un tanto del yugo paterno y del encierro a que se les some-

(1) Una sátira cómica en verso, publicada en la Imprenta Real de Cádiz en 1810, con el título de *Desenfado Patriótico*, y alusiva a la lucha entre franceses y españoles, pudo influir en la composición y gusto del sainete. *Las Convulsiones*. Véase el principio de la aludida composición española.

tía, fingían ser presa de convulsiones, mal que naturalmente se difundió y que se resistía a los remedios de los facultativos, mientras cedían a las diversiones y al matrimonio. El poeta, con su aguda sátira, acabó con aquel engaño. Tanta es la *vis cómica*, la natural y briosa desenvoltura con que están escritas *Las Convulsiones* —rasgo éste tan digno de señalarse en tiempos de apocamiento del arte—, que no han logrado escritores posteriores sobrepujar, por este lado, la creación humorística del desgraciado vate.

Suponemos que la primera edición de esta sátira apareció en 1828, y fue reimpressa por la imprenta de Morales y García en 1851.

Vargas Tejada compuso también dos monólogos que se publicaron: *La madre de Pausanias* y *Catón en Utica*. Este fue escrito para las fiestas nacionales de La Mesa, en diciembre de 1826, y apareció en el número 5º de *El Conductor*, de Bogotá. Comenzaba así:

*Inútiles han sido mis esfuerzos:
Al fin triunfar el despotismo logra,
Y delante del César, abatida,
Yace en el polvo la soberbia Roma.*

“Es tanto mayor el mérito de nuestro bardo cuanto le tocó pulsar la lira en una época esencialmente prosaica y ajena al comercio de las musas, cual fue la tercera década del siglo, en que solo descollaban, por lo general, militares, estadistas, políticos, diplomáticos y hombres de foro y de tribuna: época que, contando desde el año de 10, pudiera llamarse la edad media de nuestra literatura, así como los cantos de Vargas Tejada pudieran decirse con propiedad los albores del Renacimiento.

“De cuanto llevamos dicho acerca de la situación personal de Vargas Tejada en su adolescencia y del modo singular con que cultivó su espíritu en medio de tristes emergencias, de ahogos y penurias, y luchando con la dura condición de los tiempos, da testimonio él mismo en su epístola *A los poetas castellanos*” (1).

— XI —

A pesar de la acepción tan lata que se ha pretendido dar a la voz literatura, suponemos que con ella se expresa muy bien el acto escrito de la palabra cuando a escribir nos mueve impulso o sentimiento irresistible que, fielmente expresado enternece, distrae o enseña. De este modo hemos llegado, a persuadirnos de que la condición que mayor relieve da a un trabajo mental es la sinceridad.

El caudal bibliográfico de los países de la América española suele presentar faces similares, circunstancia que lo inclina a uno a pensar que hay poca inventiva y poca originalidad. Encuétranse igualdad de temas y de medios de ejecución, sobre todo en las comarcas de análoga topografía, aspectos que denotan cuan irresistible y decisiva es la influencia de

(1) Luis Vargas Tejada. Noticia biográfica por D. José Caicedo Rojas.

la atmósfera y del suelo en el desarrollo moral e intelectual de los seres pensantes. Cómo no echar de ver que en la época de la colonia el cultivo de las bellas letras era una ocupación enteramente pasajera a que no se atribuía grande importancia?

Nacían entonces los frutos de la inteligencia lo mismo que hoy: a impulsos de las tendencias personales del autor y guiados en la composición por sus gustos e inclinaciones. Entre nosotros las poesías, leyendas, poemas, artículos de costumbres, comedias y aun novelas han sido resultado del esfuerzo particular de cada autor, sin que abunden los casos en que, para la confección de las obras, hayan precedido estudio, reflexión, conocimiento del mundo, lectura de autores clásicos, ni aun siquiera frecuentes ensayos en la prensa.

Notorias son las aptitudes de los colombianos para el arte de escribir, aptitudes que pueden hacerse extensivas a otros países hispano-americanos, pero quien sabe si esta misma facilidad para concebir y exponer las ideas, ha engendrado en nuestro ánimo una indiferencia desdeñosa hacia las producciones del ingenio criollo. Lo cierto es que la juventud del día es algo más que indiferente, hostil, a la nombradía de los escritores de antigua data y su indiferencia contrasta con el buen aprecio y solicitud con que escritores de la generación de 1854 han juzgado a sus predecesores. Esa herencia fatal de indiferentismo por las producciones colombianas atenúa y restringe el vuelo del pensamiento.

Es cierto que, comparativamente a épocas pasadas, se lee mucho, pero son obras extranjeras, señaladamente, las francesas; idioma que se ha generalizado a punto de que no hay persona medianamente ilustrada que no lo estudie.

Son poquísimos los escritores que han levantado entre nosotros cátedra de enseñanza o de divulgación de teorías sociales. El doctor Manuel María Madieto ha sido de ellos el más osado y el más afortunado; con poco esfuerzo, el doctor Manuel Murillo.

A la ciudad de Bogotá se le atribuyen en el día, no sin fundamento, cien mil habitantes. Cuenta numerosos colegios, doctos profesores de idiomas y de gramática castellana; plan severo de estudios literarios en los antiguos colegios del Rosario y de San Bartolomé; cuatro o cinco librerías que exponen cuantas obras de algún mérito se publican en Europa. En una palabra, los elementos que contribuyen a la difusión de las luces han aumentado de quince o veinte años a esta parte de modo extraordinario.

Por lo común, después que un aficionado a las letras ha satisfecho la curiosidad que tenía de exhibirse como escritor público, se aparta de la carrera; y si en la labor acometida ha logrado acogida franca y benévola de los maestros y aplauso de los indoctos o frívolos, tal ventaja no le encariña, como debiera suceder, con el oficio.

Los escritores noveles aumentan, pero no así el círculo de oyentes. De otro lado nos parece de justicia reconocer que no ha sido nunca el interés del lucro lo que ha movido la pluma de nuestros escritores.

Cantar las gracias de esquivia niña o repetir los requiebros a una morena de ojos lánguidos, fueron siempre elemento de la poesía erótica, y los mismos ponderados rasgos de ingenio o andaluzadas, que en verso han sido, a modo de cartilla, de entretenimientos literarios, y en prosa, la lectura favorita por ser cuadros de nuestras costumbres, han nacido al calor de las conversaciones de sobremesa o en las tertulias de desocupados, en los mostradores de la Calle Real. Causa cierta sorpresa el saber que no ha sido ni siquiera el deseo de adquirir nombradía lo que ha movido la pluma de nuestros más agudos ingenios. Y aquellos escritores que se han empeñado en sobresalir de la generalidad por medio de trabajos asiduos o elaborados con paciencia ejemplar al través del tiempo y de las necesidades imperiosas de la existencia, como los historiadores Restrepo y Groot, no han cosechado aplausos en vida, porque sus obras han parecido frías y desprovistas de amenidad.

Es innegable también que el público ha querido sentar como precedente el de que reconoce más ingenios dignos de ser leídos que los que le divierten. La gracia zumbona, el ridículo y aun la maledicencia con ropajes de crítica, han logrado siempre en la sociedad de Bogotá un alti precio. No muestra carácter hidalgo, ni sanidad de intenciones, este permanente y desdeñoso *topic* de conversación.

Aquí consideramos oportuno transcribir las palabras del señor Lemoyne, ministro francés, que residió algún tiempo en la capital, y publicó en 1828 un libro titulado *La Nouvelle-Grenade*:

“Las publicaciones propias para esparcir y popularizar ideas útiles eran muy raras en Bogotá; no se publicaba sino un periódico semanal, con el título de *Gaceta de la Nueva Granada*, especie de monitor oficial, en el cual el gobierno insertaba las leyes, decretos u otros documentos que creía conveniente poner en conocimiento del público, después de lo cual había una parte no oficial, que se consagraba a las noticias extranjeras y del país. Es cierto que fuera de esta Gaceta aparecían todos los domingos muchísimas hojas sueltas efímeras, llamadas *papeluchos*; pero ya fuesen escritas en serio o con tono burlesco, género que gusta particularmente a las gentes del país, no contenían más que críticas de los actos de la administración, o no servían sino para iniciar polémicas que muy a menudo excedían los límites que puede permitir la libertad de la prensa en materia de ataques contra las personas.

“En el número de los libelos había algunos aún más impertinentes, con el nombre de *ensaladillas*; éstas eran sátiras en verso y manuscritos que, graciosos de mala ley, a veces demasiado sabidos, pero que guardaban prudentemente el anónimo, hacían circular en oculto de tiempo en tiempo. En estas sátiras se aventuraban no sólo a censurar severamente las faltas y los caprichos de sus paisanos, pero aun se atrevían a divulgar, sin ningún escrúpulo, todos los floreos e intrigas galantes del momento. Estas pérfidas producciones literarias, a pesar de ser el espanto de las familias, pasaban sin embargo de mano en mano, en razón misma del temor que inspiraban y también quizás de la esperanza que cada uno abrigaba de verse libre a expensas del vecino”.

Sí, no hay duda, el carácter bogotano es versátil, novelero y curioso en extremo. De aquí que haya atraído siempre sus simpatías y despertado su curiosidad el periodismo efímero y de circunstancias.

Correspondiendo en mucha parte a ese prurito de hacer gala de *vis cómica*, que es eterna preocupación de los bogotanos, y en no poca a la de propalar noticias locales, han aparecido siempre en Bogotá muchos periódicos de escasa y casi ninguna importancia. En los primeros tiempos eran de muy reducido tamaño, en 8º, no más grandes que la mano extendida. Tal fue *El Noticioso*, de 1824, y *El Noticiosote*, de 1825 (1).

Los Anteojos de la Vieja, 1814; El Buscaniguas, 1826; La Lechuza, 1826; El Chasqui, 1826-27; El Bobo Entrometido, 1827; Antídoto a los males de Colombia, 1828; La Bandurria, 1831; La Diligencia, 1831; El Anzuelo, 1834; Los Díceres, 1834; El Cachaquito acarroñado, 1834; La Cáscara Amarga, 1835; Los Titeres, 1835; La Barra Observadora, 1836; El Astrolabio, 1836; La Bandera Negra, 1837; La Banderola o Banderilla, 1837; El Papirote, 1837; El Tábano, 1837; La Pildora, 1837; La Cachiporra Nacional, 1838; La Calavera, 1838; La Tira, 1839; El Latigazo, 1840; La Marota, 1843; La Bodoquera, 1844; El Chispas, 1845; La Migaja, 1845; El Husmeador bogotano, 1845; La Bruja, 1846 y 1866; La Bruja de Las Nieves, 1847; El Matachín 1847; El Mastín, 1847; El Cachifo, 1848; El Amigo de los Artesanos, 1849; El Minuto, 1848; El Tío Santiago, 1848; El Duende, 1849; La Jeringa, 1849.

— XII —

Si el país ha logrado conquistar reputación literaria en las repúblicas sudamericanas y aun señaladas menciones en Europa, esa preponderancia intelectual que se nos concede ha de servirnos de glorioso título, como que nada lisonjea más la vanidad de un pueblo, que el que se le considere culto e inteligente. A la superioridad intelectual debe Francia el primer lugar entre las naciones del continente europeo. La corriente de ideas que nos viene del antiguo país de las Galias, es la que más fácilmente se aclimata entre nosotros, encontrando a modo de predisposición acentuada que responde sin duda al elemento etnológico, que nos lleva a acoger, con irresistible empeño, las modas, los usos y las teorías francesas. Fuera de creerse que al sacudir el yugo español quisimos libertarnos hasta del habla de Castilla. La Colonia produjo cronistas que narraron con más o menos fidelidad la vida primitiva de estos pueblos; candoroso o desvirtuado relato a veces, que en poco nos interesa y que siempre nos sobreexcita la epidermis y despierta nuestro mal dormido encono contra las diversas manifestaciones de la tiranía de los españoles; en otras ocasiones, pintura viva de lo que han sido en todos tiempos las pasiones, y muestra de las luchas que los intereses humanos libran de continuo en pugna con el derecho de los pueblos. Tiempos eran aquellos de credulidad

(1) Viene aquí oportunamente la cita de otros periódicos bogotanos, aun cuando su aparición corresponda a años posteriores y aun cuando no todos sean de género burlesco o satírico, pero los simples títulos de ellos sugieren al espíritu la consideración de que siempre han tenido en cuenta los periodistas el carácter ligero de los hijos de Monserrate y Guadalupe.

política excesiva, de fe pura e incontrastable. La literatura, que en síntesis viene a ser la fiel expresión de los sentimientos de los hombres, nos muestra la era colonial como época de gran tranquilidad, aun en medio de disputas encarnizadas, por asuntos de preeminencia entre los Oidores y el Presidente, y también entre la potestad civil y la eclesiástica. Repetimos que, cantos en loor de las autoridades, himnos de piadosa fe, cantarcillos místicos, novenas y oraciones daban pábulo a los sentimientos de gentes sencillas, sin extensos horizontes intelectuales, y para quienes el bien y la felicidad estaban tan solo en servir humildemente a Dios y al Rey. Pero la simiente de ideas revolucionarias había cruzado los mares con celeridad eléctrica, y en el suelo virgen de América fecundizó corazones generosos que odiaron el despotismo y buscaron la libertad como seguro campo de acción y de engrandecimiento para la patria. Por más que hoy, a fuerza de hidalga reflexión se trate de desechar como importuno el recuerdo de la epopeya heroica de nuestra independencia, esa efemérides se impone siempre a la mente y al corazón, porque inútilmente los hijos pueden renunciar a las glorias del padre. La patria surgió con esplendor a la vida independiente, y con ella los cantores que inmortalizaron sus hazañas. ¿Cómo hemos podido olvidar el valor de estos acentos? ¿Acaso porque no padecimos las zozobras de la lucha, no nos es dado medir la extensión del sacrificio, ni la grandeza del triunfo? Nos tocó abrir los ojos a la luz cuando ya el pabellón tricolor republicano flameaba en las alturas de los Andes. Desde aquella época se acrecentaron las corrientes del saber; tratóse de inculcar en el pueblo la simiente republicana, educándolo para que eligiese sus propios gobernantes. Es verdad que la dificultad de organización de los diversos ramos oficiales no permitió que los próceres ni sus continuadores dieran mayor lustre a su nombre con vastas indagaciones científicas o bellas concepciones de la mente, pero en el ramo histórico algunos lograron trazar páginas que hoy más que nunca sirven de comprobantes fehacientes de hechos gloriosos que el dicho de esos historiadores hace incontrovertibles. Cuando las luchas políticas aparecieron mezcladas con el elemento filosófico-religioso, produjeron una agitación vertiginosa en los espíritus que nubló por largos años el cielo de la patria. El debate se sostuvo con increíble audacia por la prensa, y es en esa labor extraordinaria del periodismo colombiano en donde hay que ir a buscar el origen de la temprana buena fama que ganaron nuestras letras, fama revalidada luego por el ensanche oficial y particular dado a la instrucción por variados libros de estudio que se han escrito inspirados en conocidos textos europeos o en acertadas adaptaciones de otros, y en mucho, también, por la obligada propaganda de casticismo que fue iniciada con vigor por tres o cuatro hablistas distinguidos (1) y secundada con noble emulación por muchas personas, por no decir que por el voto de casi la generalidad de los colombianos de alguna o mediana instrucción, que fue realmente lo que pasó.

Es cierto que las guerras civiles han sido la inmediata consecuencia de la propaganda ardorosa de las ideas, y las guerras han ido destruyen-

(1) D. M. A. Caro y D. Rufino José Cuervo, y antes de ellos por D. Ulpiano González y D. Ruperto S. Gómez. También les corresponde parte en esa tarea a los señores profesores de castellano D. César C. Guzmán, D. Venancio González Manrique y D. Germán Malo.

do gran parte de las fuerzas vitales de la nación, minando cada vez más el espíritu de confraternidad que debe ser lazo de unión entre los hijos de Estados pobres de recursos y escasos de fuerzas. Por otro lado, parece como que los disturbios políticos, frecuentes y estériles, en cuanto a acción civilizadora, y la falta de unidad en la marcha armónica de las sociedades, han ido despertando en los caracteres tendencias a buscar por medio del estudio y de la reflexión el remedio a nuestros males sociales. Sea como fuere, el hecho es que en materia de bellas letras no hemos ascendido por escala rigurosa; hemos trepado los peldaños precipitadamente y nos toca presenciar el hecho de que siendo escasa la producción en orden a novelas y a obras dramáticas, justamente los dos departamentos de la vida intelectual moderna que mayor auge tienen en ultramar, hayamos invadido los dominios especulativos de la crítica. A verificar esta transformación súbita puede haber influido la no interrumpida lectura de las obras de la escuela francesa y de otros países, que van fijando el molde y dándonos la norma de las transformaciones del pensamiento escrito. Ello es indudable que la ilustración general del siglo, el vasto ensanche técnico que se ha dado a todas las ciencias, el deseo de ahondar las corrientes filosóficas, deseo que se manifiesta e impone como con impulso avasallador, ha limitado, con perjuicio de lo que pudiera aparecer como literatura propia, la producción original; a todos seduce el análisis; la obra del razonador y del crítico atraen más que la del cantor o la del novelista. La novela es ya un arte complicadísimo que ha dejado las fronteras de la fantasía para ocuparse en el desarrollo de tesis y servir de campo de estudios sociológicos y de ética.

No es exacta la opinión de que las letras colombianas, en un tiempo florecientes, estén ahora atrofiadas. Lo que se ha verificado es un cambio de manifestaciones de la inteligencia. Ampliados los horizontes del saber, lo que ayer considerábamos parto del humano ingenio hoy nos parece invención adecuada para entretener escolares; en las lecturas encontramos páginas enteras que suponemos pasadas de moda, teorías de escuelas desacreditadas por los tiempos y el avance permanente de la ciencia; lenguaje para-fraseado que nos disuena; lirismo soñador que nos hostiga; cuadros de costumbres cuyo lado cómico se nos escapa; en fin, que a los que ya están, como si dijéramos, adueñados del secreto, es muy difícil sorprenderlos. El organismo que se habitúa desde joven a las impresiones, acaba por volverse insensible. Pero tenemos que reconocer que si nos es dado avaluar en todo su mérito las obras maestras de la literatura de ultramar, es porque la lenta y dificultosa pero segura labor civilizadora de los escritores del país nos ha puesto en actitud de poder hacerlo.

— XIII —

La publicación de El Semanario marca época favorable en la historia de las letras colombianas. Pero de esa fecha en adelante las violentas conmociones políticas que agitaron el país, tenían que absorber por completo la atención de todos, sin que hubiese tiempo ni disposición de ánimo que no fuesen sino para mirar por la salud de la Patria. Las proporciones que gradualmente alcanzara la lucha hicieron que a todos, cual más, cual

menos, tocase su lote de llanto y de amarguras. Los que, pasado el turbión revolucionario, se vieron con vida, sentirían, sin embargo, en el fondo del pecho, la profunda, mortal herida, que tenía que causarles siempre el haber obtenido la libertad a cambio de tántas víctimas y de cruentos sacrificios. Fue de este número el patriota D. José Manuel Restrepo, quizá de los colaboradores de *El Semanario*, el que desde entonces se exhibió con más lucimiento. A él le tocó ser de los fundadores de la República, puesto que asistió, como Diputado por Antioquia, al Congreso de 1811, asamblea elegida por el voto de las Provincias unidas.

Era de temperamento reflexivo, de costumbres austeras y morigeradas, apegado a las tradiciones de familia, alto, seco, de facciones pronunciadas y con el semblante siempre en actitud meditabunda. Trabajador incansable, como buen hijo de las montañas de Antioquia, su vida no nos ofrece cambios repentinos ni agitaciones extrañas: corre ella con la placidez inofensiva de linfa pura que busca hospitalaria playa. Fue acercándose al final desenlace sin trepidar en la pauta que se había trazado de amor al bien, a la justicia y al buen sentido. Bien se echa de ver, sin embargo, que Restrepo luchó desde temprano por encontrar nuevo cauce a la corriente política, y comprendiendo que la transformación que le había tocado presenciar, envolvía en sus diversos aspectos gérmenes de vida, quiso ilustrar, con el contingente de su intelecto, esa obra común espontánea y generosa. Acometió la ímproba tarea de fijar con la pluma los caracteres y peripecias de la lucha. Su ejemplo fue tan provechoso, que, mediante su obra y la obligada honda meditación que ella sugiere, se crearon aquí clases en que se comenzó a dictar lecciones de historia patria, estudio que vino años más tarde a ser secundado con la aparición de dos obras notables debidas a la laboriosidad y talento de D. Joaquín Acosta y D. Antonio de Plaza, quienes, por su parte, contribuyeron también a ilustrar el estudio de la historia propiamente nacional.

El historiador, para ser perfectamente comprensible, tiene que atender a pintar los sucesos con el color local; ha de dar a las figuras movimiento y vida; mostrarnos los personajes principales con el sello especial que los haga inolvidables: llamar la atención a las grandes líneas del cuadro, de modo que la imaginación del lector complete a su gusto, pero sin alejarse de los límites de lo verdadero, las partes que se escapan a la narración. Contar lo sucedido en lenguaje preciso, con cierta elevada sencillez, sin arranques de exaltación, más bien con tendencia benévola que intransigente, puesto que tan difícil es entrar a juzgar la conducta y hechos de los que nos precedieron en el camino de la vida, tales parecen ser las más necesarias condiciones de un escritor histórico. Desde luego la expresión concisa, fiel, adecuada a los hechos, nos hace considerar con mayor aprecio un trabajo de esta naturaleza.

Los más de los heroicos caudillos que figuraron con noble emulación en la azarosa contienda, iban impulsados por el móvil de la gloria. Así nació en el pecho varonil del General López el deseo de servir a su patria y de conquistar los laureles de Marte. El mismo lo refiere en sus *Memoorias*, escritas con sencillez republicana, con desembarazo natural, y con el mismo primordial objeto del libro de D. José Manuel Restrepo, el de fijar el verdadero aspecto de los acontecimientos, a fin de evitar que co-

mentadores tardíos desfiguren a su sabor las páginas en que se descubren los esfuerzos de los patriotas, su arrojo, sus sacrificios, sus luchas íntimas y dolorosas.

No debemos dejar caer en olvido la obra de los próceres, puesto que ella sirve de consoladora compensación a desengaños que minan lentamente el organismo social.

La Historia de la Revolución de la República de Colombia por José Manuel Restrepo, publicada en París, en 1827, en diez tomos pequeños, dedicada al General Bolívar, no comprendía sino los sucesos de la guerra en Nueva Granada. Posteriormente el autor la completó con la de Venezuela, Ecuador y Perú, y publicó la segunda edición de la obra en Besanzón, en 1858.

La introducción, escrita para la primera edición, es un juicioso estudio de las causas que habían determinado la guerra, rápido bosquejo, pero muy fiel y seguro en sus apreciaciones, datos y pintura de costumbres, del estado del país en los albores de la Independencia. Leyendo este ilustrado prefacio se adquiere convencimiento de que el autor de la historia hizo de su trabajo uno de los objetos especiales de su vida, sacrificando en aras de esa labor, tiempo, dinero, salud, conocimiento y relaciones. Cuanto a la buena fe y sinceridad que lo guiaban en su trabajo, él mismo asegura que la imparcialidad y la verdad le sirvieron de norma en la composición de su libro. Generalmente se le ha puesto la tacha de que, como narrador, es oscuro, frío, cansado y a veces algo difuso. Todo esto puede ser exacto. La frialdad o desabrimiento de estilo dependen en gran parte del temperamento del autor, de los escasos modelos de buen gusto a que debía conformar su obra y del empeño que quiso poner en no aparecer parcial, lo que le hacía escribir con gran tiento y sin procurar adornar el estilo con vistosas galas.

Con la práctica mejoró mucho su estilo, sin perder en seriedad. Adquirió mayor facilidad de expresión, más completo y determinado plan para fijar los hechos y seguridad para redactar, con el convencimiento de que no podía ser contradicho. Tales condiciones aparecen de manifiesto en su *Historia de la Nueva Granada*, que dejó inédita, y de la cual se publicaron varios capítulos en la *Revista Literaria* de Bogotá.

El señor Caro, autoridad literaria indiscutible, condensa en breves líneas su juicio sobre la historia de Restrepo. Es el que sigue:

“La falta de color biográfico y de intención filosófica daña no poco a la historia de Colombia por Restrepo, obra, por otra parte, preciosa por el cúmulo de noticias que tras largas y minuciosas investigaciones, y con espíritu de rectitud y verdad, atesoró en ordenada serie aquel benemérito patricio. La narración es exactísima, pero sin calor vital, porque éste no es ingénito en los sucesos; les viene solo de los seres animados e inteligentes que los produjeron. En las Memorias de Posada los hombres hablan y se mueven a nuestra vista; los conocemos y, conociéndolos, sentimos por ellos simpatía, cariño, admiración, o bien, lástima, desprecio, tal vez horror”.

Hasta hace pocos años los discursos que se escribían y pronunciaban en la capital con ocasión de la fiesta patriótica de la Independencia, que se celebra el 20 de julio, eran muestras de oratoria vehemente, en que de ordinario se sacaba a plaza el león ibero y los trescientos años de oprobiosa esclavitud en que España tuvo sumidas a sus colonias.

Ahora bien: estos punzantes desahogos eran sólo efecto de pasión y rivalidad entre americanos y españoles, o más bien un eco fiel de la opinión de los pueblos sobre el Gobierno peninsular? Nos inclinamos a pensar en lo último, ateniéndonos en un todo al concepto histórico del señor Restrepo. Cupo a éste la primacía y el derecho de fijar, de modo indeleble, el recuerdo de esa lucha encarnizada, recuerdo que debió de influir en la imaginación y el sentimiento, a fin de acrecentar y dar forma a la peroración patriótica que hasta 1875 era de obligado número en los programas de fiestas nacionales. La oratoria religiosa también contribuyó, por algunos años, a perpetuar el recuerdo de la fecha de nuestra emancipación política, y aún se conservan algunos sermones impresos que se han logrado salvar del olvido y del polvo destructor de los archivos, y respiran patriotismo puro, ardiente, desinteresado. Esos predicadores consignaban frases de amarga censura a España por el régimen de tiranía con que gobernó sus colonias.

Es oportuno que el lector conozca, o recuerde, si ya lo ha leído, el juicio del historiador Restrepo.

“La masa general de los granadinos y venezolanos estuvo sumida en la más profunda ignorancia cerca de tres siglos, o en todo el tiempo que los españoles dominaron estos países. Los indios, los esclavos, los labradores y artesanos, es decir, los cuatro quintos de la población, no aprendían a leer porque eran raras las escuelas primarias, que solo se encontraban en algunas villas y ciudades populosas. Acaso el Gobierno español, en todo el tiempo de su dominación, no dotó una escuela de las rentas reales, pues aunque lo hizo de los bienes de los jesuitas, éstas habían sido fundaciones de los mismos pueblos. Las escuelas primarias que existían fueron dotadas de los propios de los cabildos, o de fundaciones que hacían los particulares para la educación de sus compatriotas. No sabiendo leer ni escribir la masa de la población, sus conocimientos religiosos se reducían al breve Catecismo de Astete o de Ripalda, que los padres enseñaban a sus hijos, o los curas a sus feligreses, y a las prácticas del culto exterior que veían hacer desde niños. La moral estaba reducida a las máximas que oían predicar a sus curas en los sermones parroquiales, y, por tanto, debían ser muy limitadas...”

“En la Nueva Granada había: dos colegios en Santafé, dos en Quito, y seminarios conciliares en Cuenca, Panamá, Cartagena, Santa Marta y Popayán, existiendo también dos Universidades, una en Santafé y otra en Quito...”

“He visto al principio del siglo XIX al Fiscal español D. Alariano Blaya impedir, como director de estudios, el que hubiera en Santafé un acto de conclusiones públicas de aritmética y de geometría, fundado en que estaba prohibido enseñar aquellas ciencias. El Arzobispo de Santafé,

D. Jaime Martínez Compañón, español europeo, fue uno de los que, bajo un exterior de santidad, influyó en que se adoptara esta bárbara medida. En las juntas que hubo para arreglar los estudios, sostuvo tenazmente “que los criollos no debían aprender otra cosa que la Doctrina Cristiana para que permanecieran sumisos”. Este solo rasgo le hace digno de la execración de los americanos del Sur.

“Es cierto que algunos hombres ilustrados y verdaderos patriotas de la Nueva Granada y de Venezuela, como el español señor José Celestino Mutis, los señores Félix Restrepo, Toribio Rodríguez, Crisanto Valenzuela y otros, procuraron enseñar la filosofía moderna y las matemáticas; pero, contrariados sus esfuerzos por la política del Gobierno español, poco pudieron adelantar, y no se difundieron los buenos estudios. Así es que a principios del siglo XIX apenas se encontrarían dos o tres físicos y matemáticos medianos”.